

HOMENAJE A CÁNTICO

En el Centenario de Ricardo Molina y Miguel del Moral
1917-2017

**HOMENAJE A «CÁNTICO»
EN EL CENTENARIO DE
RICARDO MOLINA Y MIGUEL DEL MORAL
(1917 – 2017)**



2017

Edita:

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS
Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Textos:

Carlos Clementson	Pablo García Baena
José Cosano Moyano	Mario López
Miguel Clementson Lope	Julio Aumente
Vicente Aleixandre	José de Miguel
Dámaso Alonso	Mariano Roldán
Ricardo Molina	Manuel Gahete
Juan Bernier	

Fotografía:

Francisco Sánchez Moreno

Comisario de la Exposición:

Juan Hidalgo del Moral

Coordinación Catálogo:

Miguel Clementson

Montaje:

Óscar Moreno Plaza

Diseño:

Isabel Pérez, M. Clementson

Maquetación e impresión:

GALÁN - Villa del Río (Córdoba)

Agradecimientos:

Juan Muñoz González
Fotoestudio Jiménez
J.C. Nievas
A. Holgado
Tomás Egea
MBAC

Dep. Legal: CO 2143-2017

MEMORIA BREVE DE UN POETA

Carlos Clementson

Ricardo Molina (Puente Genil, 1917- Córdoba, 1968), tras cursar sus estudios de bachillerato en la capital de su provincia, se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad hispalense, y vino a desarrollar a lo largo de toda su vida una agotadora y mal remunerada labor docente en diferentes academias y colegios de Córdoba, donde transcurrió toda su sencilla peripecia vital hasta principios de 1968, en que fallece, tras conseguir poco antes y ya enfermo la agregaduría de *Lengua y Literatura* de su instituto provincial.

Gracias a su dinamismo y capacidad tanto literaria como de gestión cultural promueve, junto a Pablo García Baena y Juan Bernier, desde 1947, la innovadora revista "Cántico", en cuya dirección colectiva y continuidad sería pieza clave, al tiempo que realiza una incesante actividad periodística en la prensa de su ciudad.

Ya en 1945 aparece su primera entrega poética, *El río de los ángeles*, a la que siguen sus inolvidables *Elegías de Sandua* (1948) y *Tres poemas*; al año siguiente consigue el premio "Adonais" por *Corimbo*.

Decepcionado quizá por una reticente acogida a este libro por parte de la crítica, decae de su continuada actividad poética hasta 1957, en que da a la luz su *Elegía de Medina Azahara*.

Sus grandes conocimientos tanto literarios como históricos cristalizan en una notable labor ensayística a principios de los años sesenta: *Osio de Córdoba y su época*, *Córdoba gongorina*, *Córdoba en sus plazas*, *Mundo y formas del cante flamenco*, *Tierra y espíritu (Glosario andaluz)*, *Aproximaciones a Séneca*, *La filosofía pneumática de Séneca*, junto a *Función social de la poesía*, entre otros, vendrían a confirmar su sólida formación humanística y finura crítica. A ellos hay que sumar sus importantes aportaciones al estudio del flamenco, en colaboración con el cantaor Antonio Mairena.

Poco antes de morir aparecía *A la luz de cada día*, poemario de corte experiencial en el que se funden, a la vez, cotidianeidad y "culturalismo" —la cultura era una de sus experiencias personales más íntimas y esenciales para Molina—, y deja listos para la imprenta *Psalmos y Homenaje*, reflejo el primero de su problemática y sincera religiosidad, y fruto el segundo de esa apasionada sensibilidad por las bellas letras, en el que se trasluce su madura filosofía vital y su gran sabiduría literaria.

Poeta del amor y de la vida, Ricardo Molina se instala gozosamente en el mundo y en el centro de una Naturaleza acogedora en radiante armonía con ella. Huyendo de toda ascética renuncia a las seducciones de los sentidos, y frente a quienes postularan una morbosa complacencia en el sufrimiento y el dolor, llevados bien por el pesimismo existencial o una renunciatoria transcendencia espiritualista que niega las naturales exigencias, el joven Ricardo opta por los más "terrenales alimentos", *por el ruiseñor, la rosa, / la primavera bella y solitaria*, que florecen en *los prados del mundo*; es decir, por un hedonismo radiante y asequible, a pesar de las estrecheces de una gris existencia cotidiana en el difícil ambiente social en que le toca vivir, época penitencial y coercitiva ante la que en el goce de la Naturaleza y el sentimiento del amor encuentra su liberación: *Estar allí en la vida que latía / en la canción del tordo, en el seto florido, / era bastante. Otra sabiduría / no quise*.

Pero este luminoso hedonismo con el peso y el paso de los años y las acechanzas de la enfermedad va a teñirse de un resignado estoicismo, muy cordobés, ante la adversidad irrevocable: *La primavera... y yo, triste, sufriendo / en cada soplo de mi boca / la indiferencia inmensa y absoluta / de la tierra y del cielo*.

EL AMOR, LA NATURALEZA, EL SENTIMIENTO RELIGIOSO

Ante la lírica del cordobés nos encontramos ante una poesía nutrida de las más variadas experiencias, de gran calado conceptual, meditativo y filosófico en muy hondos poemas de *Homenaje*, pero que entroniza a la experiencia amorosa como la más genuina y germinativa de todas. Su facilidad expresiva se explaya en diversos registros métricos, tonales y estilísticos, en un inintencionado alarde de versatilidad y variedad conceptual y expresiva. Su estilo es vario y multiforme. Al margen de juveniles retóricas claudelianas y de ciertas delicuescencias de estirpe simbolista, su dicción es con frecuencia nítida y transparente, con una tersa y naturalísima fluidez de agua fresca que corre, a veces de una suavidad delicada y finísima, como de terciopelo o de musgo; un estilo casi imperceptible en una primera lectura, precisamente por esa espontánea naturalidad tan comunicante.

Desde su primer libro se hace inolvidable su auténtico sentimiento del mundo natural, de esa sierra de Córdoba tan transparentemente presentada a los ojos del lector, como iluminada de una pureza matinal, de una mirada virgen, como le gustara decir al poeta. Tal sentimiento del paisaje es muy difícil encontrarlo expresado con tal verdad y con tan justa belleza en la poesía de su tiempo; tendríamos que remontarnos a ese profundo sentimiento de la tierra y del entorno natural, sin afeites ni academicismos, propio de los románticos ingleses, los más fieles y veraces cantores del mundo natural, o a la fluvial frescura de los húmedos paisajes de la poesía bucólica.

La sabiduría está en saber poco, como el ruiñeñor, nos dejó dicho el poeta, en una gozosa actitud de contemplación o mejor, de comunión con su entorno, como encontramos en tantos versos de Wordsworth, de Coleridge o John Keats.

Por otra parte, la continua presencia del agua en su poesía nos recuerda la fresca musicalidad hume-

decida de las églogas fluviales de Garcilaso o el Machado paseante de las orillas del Duero. Ricardo Molina acuña, da cuerpo y naturaleza literaria a un paisaje hasta entonces casi innominado, el de la frondosa y virginal sierra de Córdoba de los años cuarenta.

Y junto a este entorno natural de sierra y campiña, transfigurado en honda palpación emotiva y estética, la experiencia cordial de su ciudad, omnipresente en esta lírica realista pero bella, en una poética interiorización del diario vivir. Y junto a la vivencia de Córdoba, de su histórico o popular paisaje urbanístico y humano, la del amor, instaurado siempre en una atmósfera natural. Y la experiencia también de la amistad y de la cultura —de sus compañeros del grupo “Cántico”, Juan Bernier, Pablo García Baena, Julio Aumente o Mario López, y los pintores Miguel del Moral y Ginés Liébana—, experiencia intelectual y fervorosamente humanística —la amistad como fecundo sentimiento clásico— que el poeta sabe comunicarnos con el temblor de una realidad cálida y vivida, con escueto y ajustado verismo.

Pero aunque el poeta, llevado por un hondo deslumbramiento afectivo y estético por la antigüedad clásica, añorara, en la provinciana Córdoba de postguerra, haber nacido en aquellas *islas de mármol / cuyas playas doradas baña el Mediterráneo*, no hemos de reducir la compleja y dual personalidad de Molina a la de un meramente hedonista espíritu pagano; su espiritualidad religiosa y cristiana, torturada en ocasiones por un innecesario sentimiento de culpa, impuesto por la ortodoxia ambiente, era tan profunda como la intensa llamarada amorosa y sensual que inflama sus primeros poemarios, sentimiento que llegaría a ensombrecer en cierto momentos de crisis el legítimo derecho a la felicidad y a la dicha que su temperamento le dictaba y que le vedaban determinadas normas sociales.

Algo mío quedará entre los hombres
así flotante pluma hacia el viento
largo río peroso, correza
con el son de mi vida
Quedará solo intacta la armonía
que consumió la ciega medida de los días.

Ni palabra ni son me dirán
y si embargo no me iré del mundo
En cuanto a mi fidelidad
conquistó mi palabra para el futuro cierto

Sagrada solidad de montañas y ruelles
dirá de mí a los hombres que vendrán.

Mi fe no será nunca por el tiempo barba
La luna del verano bañará un paisaje,
la camufla donde hombres y mujeres
sean ríos pastorales

Ricardo Molina



Fundación

Cajasol

OCT. - NOV. 2017

del MORAL